

LA CIUDAD INVESTIGADA, DESCRIPTA O IMAGINADA. CIENCIAS SOCIALES, PERIODISMO Y LITERATURA COMO GÉNEROS FRONTERIZOS

Liliana Bergesio

Universidad Nacional de Jujuy (Argentina)

dilmontal@arnet.com.ar

Resumen

En el presente ensayo se reflexiona sobre tres géneros discursivos: la literatura, el periodismo y las ciencias sociales. Haciendo foco en el último, es decir, en los textos de ciencias sociales, se describen los espacios de intersecciones con los otros escritos.

El planteo central es mostrar cómo un texto puede ser recorrido de distintas maneras favoreciendo la construcción, en el/la lector/a, de un objeto específico, en este caso, la ciudad y las relaciones socio-culturales que en ella se estructuran.

La reflexión parte de la mirada de las ciencias sociales sobre la ciudad, donde el periodismo informa sobre lo que en ellas sucede y la literatura contribuye a imaginarla, tanto a la ciudad deseada como a la temida.

Palabras clave: Ciencias Sociales / Periodismo / Literatura / Ciudad

“Leer no es soportar, hablando en propiedad, sino estar dispuesto a recibir un invitado en casa, cuando cae la noche”.

George Steiner, *En diálogo con Ramir Jahanbegloo*

En noviembre de 2005 me invitaron a participar en las Jornadas de Periodismo y Comunicación de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Jujuy en el panel: “Periodismo, Literatura y Experiencia: la crónica, el ensayo y el documentalismo como espacios de frontera”. Cuando recibí esta invitación, la verdad, me sentí un poco confundida. Yo no hago literatura, tampoco periodismo por lo cual pensé: me convocan por la parte de “experiencia”. De allí surgió otra pregunta: ¿qué experiencia tengo yo que merezca ser contada en un aula universitaria? Esto me llevó a desarrollar una serie de reflexiones con la intención de que nos inviten a pensar. Pensar, fundamentalmente, sobre límites y fronteras a la hora de describir/entender/sentir/escribir sobre algún tema que nos interese. Y aquí es donde debo decir que la experiencia, en mi caso, se refiere básicamente a las Ciencias Sociales y, desde allí, enfoco la atención en las ciudades y los hombres y mujeres que en ellas trabajan. Desde allí es desde donde quiero empezar a hablar.

Entonces, para empezar, quiero decir que me es difícil imaginar que entre las ciencias sociales, el periodismo y la literatura existan tajantes fronteras. Sin embargo, me es fácil considerarlas con amplias áreas de intersecciones, con límites imprecisos. Es decir, si queremos pensar en ellos y sus espacios de frontera, creo que hay que plantearlos más bien como porosos y móviles. Pero sí hay, de esto no hay duda, contornos construidos, en algunos casos con trazos gruesos que parecen impenetrables, y en otros sólo hay una débil línea de puntos, fácil de franquear. Estos contornos se han construido, creo yo, con la sola intención de diferenciar códigos. Pero como toda construcción, posible de derribar, pero también necesaria para cobijarnos, para contenernos. Entre estos diferentes códigos, como ya dije, el lugar donde yo me paro no es ni la literatura ni el periodismo, sino en las Ciencias Sociales en general y la Antropología Social y Cultural en particular. Allí está mi experiencia. Allí encuentro un lugar seguro, afable, en el que me siento “en casa”, cobijada. Pero las ciencias sociales tienen una ventaja, y la Antropología, la ciencia que estudia la diversidad cultural de hombres y mujeres viviendo en sociedad en todo tiempo y lugar, la ciencia estudio del hombre (y de la mujer), tiene esa ventaja sobredimensionada. Esto es, un objeto de estudio tan amplio que parece que “nada de lo humano le fuera ajeno” (1).

Pero sin lugar a dudas, Ciencias Sociales, Periodismo y Literatura tienen una misma forma de expresión, aunque distintos códigos, decía antes. Y esta misma forma de expresión son textos compuestos por palabras o imágenes, o ambas. Quienes tratamos de hacer Ciencias Sociales vivimos, en realidad, de las palabras hechas conceptos. Son nuestra materia prima, por eso es común escuchar decir que “tallarlos es un arte”. Pero siempre se aclara que tallar los conceptos en ciencias sociales es un arte, aunque no necesariamente en el sentido artístico de la palabra, sino en cuanto artesanía, un hacer, un *métier*, no una profesión y claro, nobleza obliga, esta definición se la debemos a Wright Mills. Mills valoraba en ella justamente el carácter de un quehacer, en el

cual las cualidades individuales no son sólo necesarias, sino imprescindibles.

Renato Ortiz en su obra "Taquigrafiando lo social" compara el oficio intelectual con otro tipo específico de quehacer doméstico: la costura. Él dice que coser requiere habilidades y cierto conocimiento. Y que es sólo con la práctica, acumulada a lo largo de los años, como se llega a confeccionar, satisfactoriamente, una prenda, una toalla, un adorno. En este sentido, la expresión "hilvanar las ideas" revela algo inherente al trabajo intelectual. Y así, por oposición se dice y se entiende que un texto está "deshilvanado" cuando está poco claro, "desajustado", confuso, con incoherencias, de la misma manera que se sugiere que una prenda está mal ajustada, inacabada.

Muchos científicos de las Ciencias Sociales insisten en decir que la construcción del objeto, ya sea sociológico o antropológico, es fundamental en el movimiento de comprensión de la sociedad y/o de la cultura. Y como son muchos los que lo afirman, tal vez nos convenga acordar con ellos. Pero también podemos acordar, sin caer en fosas pobladas de cocodrilos, con Clifford Geertz cuando nos recuerda que esa construcción del objeto sociológico o antropológico que es fundamental en el movimiento de comprensión de la sociedad y/o de la cultura se realiza en el texto, en la escritura. Geertz, en su libro *El antropólogo como autor*, sostiene que la habilidad de los antropólogos para hacer tomar en serio lo que dicen tiene menos que ver con su aspecto factual o su aire de elegancia conceptual, que con su capacidad para convencernos de que lo que dicen es resultado de haber podido penetrar (o, si se prefiere, haber sido penetrados por) otra forma de vida, de haber, de uno u otro modo, realmente "estado allí". Y en la persuasión de que este milagro invisible ha ocurrido, es donde interviene la escritura.

Esta escritura, o este texto, puede ser, agregamos ahora nosotros, una crónica, un ensayo, un documental, entre otras muchas formas posibles. Pero en honor a este panel, planteemos sólo estas. Ellos son el soporte y la concretización del recorte conceptual. Así, las mismas informaciones, los mismos datos pueden ser presentados de manera diferente (o "cosidos", si continuamos con la metáfora propuesta por Renato Ortiz). Donde buena parte de la exposición argumentativa es una cuestión de composición. Las informaciones primarias son previamente estimadas, filtradas, antes de figurar en la página en blanco o en la pantalla de la computadora. La composición es así un elemento definitorio de esa artesanía intelectual.

Ahora bien, en todo esto interviene activamente el pensamiento y todo pensamiento opera con conceptos, incluso el lenguaje más simple del día a día. Lo que diferencia a las ciencias sociales es que ellas deben liberarse de las llamadas "nociones del sentido común"; deben depurarlas para transformarlas en abstracciones más complejas, capaces de funcionar como categorías analíticas del pensamiento. Es un paso difícil, pues el lenguaje, al operar con conceptos abstractos, tienden a confundirlos, a pesar de sus orígenes e intenciones diferentes. Y esto está en el origen mismo de las Ciencias Sociales en general, en las discusiones del siglo XIX sobre la construcción y de la autonomía del "campo", buscando diferenciarse de otras disciplinas, entre ellas la literatura.

Numerosos autores, conocidos por nosotros y nosotras, han hablado sobre este momento de separaciones. Jean Paul Sartre lo ha hecho en por lo menos dos de sus obras: *¿Qué es la literatura?* y *El idiota de la familia*. Roland Barthes en *El grado cero de la Escritura* y Pierre Bourdieu en *Las reglas del arte*. Estos análisis señalan que, a partir del siglo XIX, en la esfera de las prácticas literarias se accede a una autonomía y a una estructuración inéditas, que transforman a la literatura en una institución, una entidad separada, compuesta de una instancia de legitimación y de un código específico. Éste es el punto central: el surgimiento de un universo regulado por un aparato de legitimación y un discurso propios. Algo análogo ocurre con las ciencias de la sociedad. Éstas también se autonomizan a fines del siglo XIX y crean, como quería Durkheim, un saber específico, con objeto, método y reglas propias de funcionamiento. Para lo cual se debían distanciar del sentido común, del pensamiento religioso, de la política, de la filosofía y, desde ya, de la literatura. Durkheim decía en un pasaje de las *Reglas del método sociológico*, recordemos, que el universo sociológico, para adquirir autoridad científica, debería renunciar a los "sucesos mundanos". Las ciencias sociales surgen así como una esfera específica de conocimiento, distinta a otros saberes.

Pero no debemos olvidar que las Ciencias Sociales no tienen, y nunca lo tuvieron, el monopolio de la interpretación del mundo. Por el contrario, ellas nacen como un esfuerzo constante de diferenciación respecto de los otros discursos. Al instituirse como espacio autónomo de conocimiento, como decía antes, las ciencias sociales en realidad construyen una separación, una frontera si se quiere, para diferenciarse de otros textos y del sentido común. Pero, y esto es muy importante, diferenciarse no implica anularlos.

Porque las ciencias sociales, en realidad, desde su inicio debieron compartir el terreno de las descripciones y las interpretaciones con otras propuestas existentes. Algunas de ellas más antiguas como la filosofía y la teología, u otras invenciones modernas, como el periodismo.

Entonces, estos discursos permanecen intactos como formas de conocimiento, válidas y distintas y, muchas veces, en oposición al razonamiento de las ciencias sociales. Todo el problema consiste en saber qué constituye el carácter diferencial de las ciencias sociales, o lo que es lo mismo, cómo se define. Así, el sentido común representa el contrapunto necesario en relación con el cual se elabora el pensamiento sociológico y antropológico. Él es su polo negativo, el desafío que permanentemente se quiere superar.

Ahora, en el campo de una ciencia social específica -la Antropología-, esta fue casi una marca de nacimiento. Primero, al diferenciar sus propios textos de la crónica y del relato. Se habla así de una Antropología pre-científica donde se cita la crónica de viajeros, misioneros, conquistadores, colonizadores y comerciantes, en la etapa de la conquista y colonización de los siglos XV al XIX. Pocos casos hay de nativos contando su historia en este momento. Pero dije pocos, no ninguno. Para el caso específico de América hay un ejemplo clásico, muy conocido por todos y todas, tal vez no tanto por su texto como por sus dibujos, me refiero a *La Nueva Crónica y Buen Gobierno* realizada entre los últimos años del siglo XVI y los primeros del siglo siguiente por el andino Felipe Guaman Poma de Ayala.

Y mucho más cercano a nosotros, entre el final de siglo XIX y comienzos del XX, los antropólogos pudieron imaginar que su disciplina, de cierta forma, escaparía a ese dilema que echaba sombras sobre el resto de las ciencias sociales. Al fin de cuentas, la llamada antropología clásica se inició con el estudio de los pueblos indígenas. El antropólogo debía, al desplazarse hacia un territorio distante, comprender una realidad extraña a los ojos del mundo industrial. Los mitos, los rituales y las relaciones de parentesco pudieron entonces ser explicados analíticamente sin la competencia incómoda de ningún otro tipo de interpretación. Los indígenas eran considerados apenas como informantes, esto es, relataban algo que debía ser decodificado por el especialista, pero, como pertenecían a una cultura iletrada, difícilmente podrían ser considerados interlocutores serios y legítimos. Correspondía a la comunidad antropológica, y sólo a ella, con sus acuerdos y disputas, dar la última palabra acerca de esas sociedades distantes.

Por ejemplo, Bronislaw Malinowski en 1922 en *Los argonautas del Pacífico occidental* decía que el tratamiento científico se diferencia del que sólo es de sentido común, primero, en que el estudioso completará mucho más el trabajo y extremará la minuciosidad con procedimientos sistemáticos y metódicos; y segundo, en que la mentalidad científica preparada dirigirá la investigación a través de líneas relevantes y hacia objetivos que tengan importancia real. Malinowski, el gran antropólogo del funcionalismo británico, identificado por algunos autores como el máximo ejemplo de escuela positivista en la Antropología pensaba también, y no está de más recordarlo en este momento, que el antropólogo en la comunidad nativa era “una molestia, un mal necesario”.

El panorama descrito hasta aquí cambió a partir de la década de 1960 con las guerras de descolonización, la alfabetización de los líderes indígenas, la conquista de la escritura y, finalmente, el surgimiento de los movimientos políticos, en cuyo interior aparece la figura del intelectual indígena, vinculado orgánicamente a la lucha de su comunidad.

En este nuevo contexto la palabra oficial de la disciplina, la antropología, es contrapuesta a otros discursos, incluido un sentido común indígena, ahora orgánicamente articulado en texto escritos, conferencias, encuentros internacionales. Antropólogos y sociólogos se hallan así ante un problema análogo: cómo distanciarse de lo inmediatamente dado, de la experiencia comprendida y percibida por las personas.

El antropólogo Oscar Lewis en 1961 en esa gran etnografía que es *Los hijos de Sánchez* (aunque no acuerde con su concepto de cultura de la pobreza) planteaba en su introducción que en el siglo XIX, cuando las ciencias sociales todavía estaban en su infancia, el trabajo de registrar los efectos del proceso de la industrialización y la urbanización sobre la vida personal y familiar quedó a cargo de novelistas, dramaturgos, periodistas y reformadores sociales. Y que a comienzos de los '60, un proceso similar de cambio cultural tenía lugar entre los pueblos de los países menos desarrollados, pero no encontraba ninguna efusión comparable de una literatura universal que ayudara a mejorar la comprensión del proceso y de la gente. Lewis relata allí el caso de las nuevas naciones africanas que surgían en ese momento de una tradición tribal y cultural no literaria, pero la escasez de una gran literatura nativa sobre la clase baja no le sorprende. O como en México donde ha existido una clase media reducida siendo de ella de la cual surgen la mayor parte de los escritores. Sumado esto a la naturaleza jerárquica de la sociedad mexicana que inhibió cualquier comunicación profunda a través de las líneas de clase.

Esta situación, para Lewis, presentaba una oportunidad única para las ciencias sociales y particularmente para la antropología de salvar la brecha y desarrollar una literatura propia. Los sociólogos, que han sido los primeros en estudiar los barrios bajos urbanos, ahora concentraban su atención en los suburbios, pero descuidando relativamente a los pobres. En la actualidad, aún la mayor parte de los novelistas están tan ocupados sondeando el alma de la clase media que han perdido el contacto con los problemas de la pobreza. Como decía Snow “A veces temo que la gente de los países ricos haya olvidado a tal punto lo que quiere decir ser pobre que ya no podemos sentir o conversar con los menos afortunados. Debemos aprender a hacerlo”.

En este sentido pensemos los que ha sucedido por hace unos días en Francia donde la pobreza se expresa en las calles y es la prensa quien lo informa al mundo. También tenemos ejemplos locales actuales, claro está, pero como el nuestro es en sí un país pobre, la sorpresa es menor.

Por eso, ahora las ciencias sociales son una tentativa permanente de distanciamiento de la realidad inmediata, como cuando uno se aleja de una imagen, pero para verla mejor. Para utilizar una expresión cara a los de la Escuela de Frankfurt, son una

“alienación” necesaria al pensamiento. Es esta capacidad alienadora, similar a la del arte, la que le permite separarse del mundo y aprehenderlo con otros ojos. Una metáfora que expresa tal condición es la del viaje. No un viaje real en el que efectivamente se produce un desplazamiento espacial de un lugar a otro. Se trata más bien de un desplazarse imaginario, en el cual el científico social, sin salir del lugar, construye otra espacialidad, tal vez podemos pensar con Michel de Certeau en la imagen del callejeo, del vagabundeo del paseante en la ciudad, o como lo hace Roberto Da Matta hablar de “extrañamiento” o como lo hace Linz Ribeiro hablar de “exotizar lo cotidiano”. Donde el investigador/a viaja en esta territorialidad imaginada a través de los conceptos, las abstracciones que lo hacen trascender su condición específica. Para “comprender la realidad”, o mejor, para captar las articulaciones de elementos de la realidad, es necesario alejarse de ella. Sólo así es posible revelar lo que se encuentra “oculto”, “inconsciente”. Este es el sustrato al que Durkheim llamaba hecho social, es decir, algo que envuelve a la conducta individual pero que se le escapa en cuanto significado. Si los hombres hacen la historia pero no tienen conciencia de ello, como decía Marx, es porque las explicaciones dadas por los actores sociales son insuficientes para comprender los acontecimientos. Esto es, creo yo, lo que diferencia a las ciencias sociales del discurso político, religioso o mediático. Ellas consideran a lo inmediatamente dado como algo sospechoso y no como la prueba de lo que “realmente pasó”, “la imagen de la realidad tal cual es”, “información pura”, “solo lo acontecido”, para usar términos del realismo periodístico.

Había dicho que la reflexión sociológica, para comprender la realidad, debería alejarse de ella. Puedo ahora corregir mi afirmación, en el sentido de tratar de orientarla mejor, no de anularla. Las ciencias sociales se alimentan del mundo, éste es el material de su existencia. El observador, aquel que lo analiza, está inmerso en los problemas de ese mundo. Su sensibilidad histórica funciona por tanto como un estímulo intelectual. La creatividad sociológica supone, al mismo tiempo, un corte con el sentido común y una elaboración permanente y audaz de unas hipótesis. Como observa Pierre Ansart, las creaciones de los grandes sociólogos no se reducen “ni al grito de la rebelión, ni al rigor de las construcciones científicas”. Evidentemente en el interior de la obra de un autor existe un grado diversificado de coherencia ideológica. *El manifiesto comunista* no posee la misma complejidad que *El capital*. Los elementos ideológicos se insinúan en todo momento y deben ser controlados mediante una vigilancia epistemológica permanente. Pero es imposible no reconocer que es justamente ese aspecto el que permite el avance de las ciencias sociales. El trabajo intelectual se nutre de una situación ambivalente: entre el rigor y el control científico y una vinculación visceral con las cosas del mundo.

Y esas cosas del mundo nos llegan en distintos formatos. En mi experiencia concreta (otra vez la experiencia) la literatura y el periodismo son fuentes de esa información. Yo investigo sobre hombres y mujeres que trabajan en calles, veredas y espacios públicos de la ciudad. La prensa me informa sobre representaciones de estos hombres y mujeres, los distintos nombres que toman, los conflictos en los cuales se ven involucrados, las voces que los nombran y las que los silencian.

En este sentido quiero recuperar lo dicho por Tomás Eloy Martínez, quien nos advierte que el periodismo no es un circo para exhibirse, ni un tribunal para juzgar, ni una asesoría para gobernantes ineptos o vacilantes. Es, dice, un instrumento de información, una herramienta para pensar. Esto es lo que encuentro en el periodismo, un instrumento de información sobre los temas que la sociedad, o un grupo de ella, considera emergentes en un momento y lugar concretos y, sin lugar a dudas, es una herramienta para pensar, tratando de ver por detrás de las líneas escritas, de las voces escuchadas o de las imágenes vistas, tratando de ver, también, lo que no muestran, lo oculto. Casi diría desconfiar, pensar qué se traen...

La literatura también es una herramienta para pensar, y una fuente de información pero diferente, con otros códigos. La literatura me ha acercado a formas de imaginar la ciudad. La ciudad deseada o la temida. Pienso en *Los Miserables* de Víctor Hugo, *La Peste* de Camus, *El mundo sumergido* de Ballard, *1984* de Orwells, *Un mundo feliz* de Huxley o, un poco más real y seductor, *París era una fiesta* de Hemingway. También puedo citar, sin agotar para nada la lista, las descripciones de sociedades utópicas de la literatura inglesa (entre 1500 y 1700): Moro, Eberlein, Campanella y Andrear. Podemos citar también la literatura novelesca donde la importancia de la ciudad es crucial, desde Balsac a Proust y Joyce; y también recordar los diarios íntimos o narraciones de viaje que toman como objeto específico explícitamente la ciudad y los paseos por la ciudad como *Los paseos por Roma* de Stendhal.

O los sueños de la ciudad socialista en Maiakovski o su destrucción para formar campamentos neocapitalista como en la posible adaptación de la obra de Brecht *Gradeza y decadencia de la ciudad de Mahagonny*, en la que colaborara Walter Benjamin. En esta obra, recordemos, a todos los ciudadanos de Mahagonny, buscadores de oro y felicidad, se les ha prometido la libertad de comer, de amar y de beber, pero sólo comen, aman y beben los más fuertes, los más ricos, y la brutalidad de las relaciones conduce al caos y a la autodestrucción de la ciudad (cualquier similitud con la realidad no es mera coincidencia).

O la ciudad de la ciencia-ficción de izquierda que advierte sobre los peligros que el futuro encierra para los habitantes urbanos (tal como lo plantea Mariano Fressoli en el texto de Susana Finquelievich). En este caso se trata de una extrapolación de una re-lectura de los afanes tecnológicos que dominan el presente, puntualizando su destino trágico e ignorando otras opiniones en las

que la tecnología podría proporcionar más soluciones que destrucciones. Otra vez menciono a Ballard, ahora en su libro *Billeenium*, donde muestra a la ciudad como un espacio fuertemente limitado, en el que ya casi no es posible desplazarse a causa del exceso de población. En *Ciudad de concentración*, del mismo autor, la urbe ha crecido tanto que es imposible adjudicarle un centro o una periferia, un interior o un exterior: además de volverse infinita, ha perdido en el proceso su historia, sus límites y su origen. Y también la ciudad que narra Gibson, la cual es un espacio tenebroso, complejo en su diversidad de ambientes, intrincado en su laberinto de suburbios desindustrializados. Es habitada por la violencia y el mercado negro, donde la ley y el orden, ya sea por hastío, incapacidad o estrategia, sólo la sobrevuelan.

Y por supuesto, si se habla de literatura y periodismo no pueden faltar ciertas citas de la unión de ambas. Y los ejemplos clásicos son, sin perjuicio de caer en un necesario lugar común, claro está que son, decía, Tom Wolfe y Truman Capote.

Y para finalizar con un ejemplo cercano, por todos/as muy conocido en América Latina, y sólo por citar un ejemplo de muchos posibles en esta unión de periodismo y literatura mirando la ciudad recordemos la ciudad imaginada en el realismo mágico latinoamericano del periodista/escritor Gabriel García Márquez.

Alex Grijelmo en su obra *El estilo del periodista*, retoma frases y transcribe pasajes garciamarquianos, y de otros escritores universales, Pío Baroja, Ortega y Gasset, etc. Argumentando con contundencia a favor de la relación periodismo-literatura, como un binomio que ha facilitado la aparición de libros analíticos y reflexivos citando él a escritores-periodistas tales como Honoré de Balzac, Fiodor Dostoievsky, James Joyce, George Sand, Stendhal, entre otros.

Ese mismo binomio, periodismo-literatura ha sido el "caballito de batalla" del recién mencionado Gabriel García Márquez, quien a comienzos de los sesenta, publicó esa gran obra que es *Cien Años de Soledad*, novela que, en realidad creo yo, no es más que la gran crónica de un pueblo mágico llamado Macondo. Esta obra, entre otros muchos ejemplos posibles, nos ayuda a pensar la América Latina, colabora, desde un lugar realista y mágico a pensarnos.

La ciudad -la pequeña localidad y la gran metrópolis-, tiene su lugar en el periodismo, la literatura y las ciencias sociales (y también en la pintura, la música y el cine). Marc Augé en su obra *Hacia una antropología de los mundos contemporáneos*, plantea que la ciudad es de manera ejemplar objeto de representaciones de las que podemos hallar una versión modesta e individual en las palabras que suelen decir los habitantes de una ciudad sobre la relación que mantienen con ella, en la historia que los vincula a ella, en los recorridos que realizan por ella en intervalos regulares. Y cree que si hoy estamos dispuestos a hablar de "crisis de lo urbano", esto no se debe tal vez simplemente a la circunstancia de los problemas urbanísticos, arquitectónicos y sociológicos que implica o amplifica la extensión de las ciudades, sino más profundamente a que representarse hoy a la ciudad se hace más difícil. En este sentido, la crisis de lo urbano remite a una crisis, más general de las representaciones de la contemporaneidad.

Por ello, focalizar en las intersecciones que encontramos en las distintas representaciones de la ciudad puede ser un camino para acercarnos a ella y a su comprensión. Las ciencias sociales se alimentan, creo yo, de esas otras miradas: el periodismo y la literatura. Son sus fuentes, de información o de imaginación, que nos alejan y nos acercan para permitirnos ver mejor, decía antes. Diversas formas de presentar un texto, todas necesarias, todas imprescindibles; son todas formas discursivas que nos asisten en el proceso de comprensión de una realidad compleja, de múltiples caras, calidoscópica, en continua construcción.

Notas

(1) Parafraseando a Terencio cuya frase completa es: "Homo sum; humani nihil a me alienum puto"; "Soy humano; y por lo tanto creo que nada de lo humano me es ajeno".

Bibliografía

AUGÉ, Marc, *Hacia una antropología de los mundos contemporáneos*. Barcelona, Gedisa, 1995.

De CERTEAU, Michel, *La invención de lo cotidiano*, México, Universidad Iberoamericana, 1995.

DURKHEIM, Émile, *Las reglas del método sociológico*, Madrid, Hyspamerica, 1982.

FINQUELIEVICH, Susana, "Ciudades y redes telemáticas: centralidades y periferias en la sociedad informacional". En: TORRES RIBEIRO, Ana Clara (comp.), *El rostro urbano de América Latina*, Buenos Aires, CLACSO, 2004.

GEERTZ, Clifford, *El antropólogo como autor*, Barcelona, Gedisa, 1989.

LEWIS, Oscar, *Los hijos de Sánchez*, México, Grijalbo, 1982.

MALINOWSKI, Bronislaw, *Los argonautas del Pacífico Occidental*, Barcelona, Península, 1975.

ORTIZ, Renato, *Taquigrafiando lo social*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, Argentina, 2004.

VÁZQUEZ MONTALBÁN, Manuel, *La literatura en la construcción de la ciudad democrática*, Barcelona, Crítica, 1998.